

HOMENAJES

HOMENAJE AL ACADÉMICO

Dr. GUILLERMO GARBARINI ISLAS

Acto conjunto de las Academias Nacionales de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, de Ciencias de Buenos Aires y de Ciencias Morales y Políticas, realizado el 29 de junio de 1979

Discurso del Académico

Dr. Osvaldo Loudet

Señoras y señores:

La Academia de Ciencias Morales y Políticas de la cual el Dr. Garbarini Islas fue presidente, ha propiciado este acto de homenaje a su memoria, con motivo del primer aniversario de su muerte. Están representadas en este homenaje la Academia de Derecho y Ciencias Sociales, la Academia de Ciencias de Buenos Aires y nuestra Academia. En nombre de la primera hablará el Dr. Jorge Mayer, de la segunda el Dr. Mariano N. Castex y de la nuestra el Dr. Alejandro Lastra.

Si hay un hombre que en esta casa merece ser recordado, es el Dr. Garbarini Islas que con Enrique de Gandía propusieron a Rodolfo Rivarola la fundación de la Academia de la cual fueron sus primeros secretarios. Pero en el Museo Social realizó una obra creadora. Recibió una preciosa herencia, como que la presidieron, entre otros, Emilio Frers y Tomás Amadeo. No se redujo a ser un sucesor, un continuador de la acción de ilustres predecesores. Conservó, enriqueció y amplió la obra realizada. Tenía aptitudes para soñar y para hacer. Bajo las apariencias de un simple administrador de bienes, los multiplicaba y los elevaba de categoría. Sabía elegir los colaboradores entre los más capaces y desinteresados. Y se embarcó en una empresa de cultura, en una aventura intelectual de grandes

riesgos. Fundó la Universidad Libre del Museo Social Argentino, la primera de su índole, experiencia fecunda en favor de la libertad de enseñanza, de la cual fue un apasionado propulsor. No la libertad sin control, no la libertad sin límites, la libertad sin frenos que conduce a la licencia y al caos. Sí, la libertad dirigida por la conciencia de un deber y al servicio de los intereses legítimos de la comunidad. Pensó, además, que las universidades libres deben ser económicamente libres. Las universidades que viven de subsidios del Estado dejan de ser libres. La Universidad que él creó vive de su propia sangre y no de las transfusiones más o menos puras de los dineros que vienen del Estado. Este es uno de sus méritos y de sus glorias. Conservó esta casa al margen de influencias políticas. Las universidades nacionales se desnaturalizaron por la infección política. Para enseñar y para aprender, decía Pasteur, hay que vivir en la paz de las bibliotecas y de los laboratorios. Hemos vivido en cambio una época en medio de la guerra de las pasiones políticas. La cátedra universitaria es una alta tribuna para enseñar la verdad y explicar la justicia. No es una tribuna para adular a la plebe y prepararse para obtener un cargo en el presupuesto nacional. . . El Museo Social es y ha sido un refugio de muchas instituciones culturales, pobres de bienes materiales y ricas de ideales superiores. Aquí dictaron cursos y conferencias. Aquí salvaron su existencia.

El Dr. Garbarini Islas fue un hombre inteligente y activo. Un hombre de acción silenciosa y fecunda. No le interesaba el espectáculo. Le interesaba la obra. Huía del bullicio y de los fuegos artificiales. Sabía que la luz ilumina sin hacer ruido. Y bajo la sombra de su modestia trabajaba sin un momento de reposo. Daba la impresión de ser un hombre tímido y sin embargo tenía la audacia que exigían las circunstancias. No titubeaba en pedir un consejo para seguir seguro en el camino. Hace un año cuando se fue a descansar a la dulce Francia, que tanto amaba, me dijo, al delegar la presidencia por breve tiempo: "Cuide lo poco que le dejo". "¿Lo poco? —le contesté—. Lo mucho". Me estrechó la mano, se fue sonriente. Me escribió desde Toulouse, donde había ido a dictar conferencias, antes de partir para Munich. Me decía que se encontraba muy bien y volvería pronto. Y no volvió para nuestro desconsuelo.

No quiero extenderme sobre la figura de este amigo cordial, que la mejor cátedra que dictó fue la de su propia vida. No quería ser un hombre importante. Los hombres

importantes suelen ser los menos importantes. No son los que tienen muchos títulos y figuran diariamente en los periódicos. Los hombres importantes son los que no se ven, los que se sacrifican sin proclamarlo, sin decirlo, sin mostrarlo. Son importantes por su capacidad de sacrificio, por su amor al prójimo y por las ideas que siembran generosamente. En ese sentido, Garbarini Islas fue un hombre importante, gracias a Dios.

Discurso del Académico Dr. Alejandro Lastra

El Dr. Guillermo Garbarini Islas fue pensamiento y acción. Su nombre se enlaza con la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, en cuya representación hablo en este homenaje, desde que tuvo con Enrique de Gandía la iniciativa de su fundación, hasta el día de su fallecimiento el 30 de junio de 1978.

El mismo, en su conferencia al memorarse el 25 aniversario de la Academia y Enrique de Gandía, en otras ocasiones, nos han señalado las circunstancias en que, en 1938, nació en ellos la idea de crear un centro de estudios morales y políticos.

Trasmitieron su proyecto al Dr. Rodolfo Rivarola y bajo su auspicio, con la concurrencia de otras ilustres personalidades, el 28 de diciembre de ese año se fundó esta honorable institución, uno de cuyos secretarios fue precisamente el Dr. Garbarini Islas.

Desde entonces su nombre aparece indisolublemente unido al de esta Academia en todas las alternativas de su por momentos, azarosa trayectoria. Colaboró con su palabra y con su acción, accediendo a la Presidencia en el año 1971.

En ella desarrolló una importante labor: se realizaron numerosas reuniones privadas y públicas en las que disertaron los académicos de número y correspondientes, se incorporaron a su seno distinguidas personalidades, su sede fue trasladada al Museo Social Argentino, en el que se le asignó una sala especial para sus sesiones y se inició la publicación de los Anales para recopilar en ellos la tarea que se realizaba.

Su actuación en la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas fue una de las muchas fases de su permanente acción en diversas actividades.

Después de sus brillantes estudios universitarios, ejerció la docencia en las casas de altos estudios de Buenos Aires y La Plata. Alcanzó el grado académico en el extranjero y en nuestro país, en nuestra Academia y en la de Ciencias y de Derecho y Ciencias Sociales, así como fun-

ciones directivas en muchas instituciones culturales y de bien público.

Presidió el Museo Social Argentino durante largos años y en 1956, por su iniciativa, se fundó la Universidad cuyo rectorado ejerció hasta su muerte, llevándola al desarrollo que ha alcanzado. No aceptó subvenciones ni subsidios para mantener la independencia de su claustro y demostró, en esa forma, lo que puede la acción privada también en la actividad cultural.

Sus ideas en materias políticas, económicas y sociales aparecen en sus obras y en el Boletín del Museo Social Argentino, que dirigió durante 15 años, demostrando una singular unidad que respondía a convicciones arraigadas.

Su obra fundamental la constituye el tratado sobre *Derecho Rural Argentino* en la que realiza un análisis completo de la legislación del campo y emite conceptos de gran relevancia.

Sostiene que el Derecho Rural es una rama del Derecho Civil, en el que corresponde legislar a la Nación de acuerdo con el art. 68 inc. 11 de la Constitución Nacional.

Años después habría de señalar en un artículo publicado en el Boletín del Museo Social Argentino y en su conferencia de incorporación a la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales, el triunfo de su teoría sobre la unificación del derecho rural por el carácter nacional que había adquirido la legislación atingente a todas las materias a que el mismo se refiere, dejando libradas a las provincias escasas disposiciones

En su obra analiza los antecedentes históricos del derecho rural desde la época colonial pasando por las disposiciones dictadas a raíz de la independencia en 1810 y después de la organización nacional.

Señala las formas jurídicas de la producción agraria a través de la explotación directa, la aparcería y el arrendamiento, el sistema de marcas y señales, la realidad rural, el régimen de caminos y tranqueras, la sanidad animal, la policía de costumbres y seguridad y los males del cuatrismo.

Considera las condiciones del obrero del campo y la necesidad de mejorar su educación combatiendo el alcoholismo y mejorando sus viviendas.

En este tratado, de sus primeros años, aparece el jurista y el sociólogo que ha de ser durante toda su vida.

Sus principios económicos están enunciados sistemáticamente en el curso que dictó en la Universidad del Museo

Social Argentino y que menciona reiteradamente en otras ocasiones.

Se enrola en los cánones de la economía liberal y se pronuncia en contra de la intervención del Estado. Analiza el valor de la moneda, el proceso de la producción, la distribución, la circulación y el consumo, así como acuerda su debida importancia al capital y al trabajo. Censura el desequilibrio del presupuesto y el exceso de empleados públicos, que considera el origen de nuestros males económicos.

En junio de 1965 clama por la salvación de la moneda ante una nueva devaluación del 14 %, que atribuye a la estatización excesiva, a las compras de los ferrocarriles de propiedad privada y de los teléfonos, así como a los gastos demagógicos. Incita a que se realicen economías en la administración y a terminar con los déficits del presupuesto. "La República —dice— necesita inversiones y no gastos".

En 1968 aplaudió el cambio del signo monetario argentino, pero sostuvo que para que tuviera éxito habría que contener los gastos innecesarios en una forma drástica. Consideró indispensable terminar con la inflación, tal como lo había señalado antes en diversas ocasiones y habría de hacerlo con insistencia posteriormente.

En 1969 comparó el estancamiento de América Latina con el dinamismo de Europa, que ha observado en un viaje realizado poco antes. Destaca la necesidad de volver al liberalismo económico haciendo cesar la intervención del Estado, la reducción de los gastos públicos y la necesidad de volver a las doctrinas de Alberdi.

Cuando en 1970 el dólar llega a 400 pesos refirmó que era indispensable reducir los gastos. "No puede marchar bien —dice— un Estado que gasta más de lo que puede, y ese, que es el gran mal de nuestro país, hay que eliminarlo de una vez, si queremos la moneda sana, que es indispensable para que volvamos a tener la bendición de la inmigración europea, el aporte de capitales extranjeros y el bienestar que caracterizó al final del siglo pasado y el comienzo de éste, cuando los impuestos eran moderados y el país seguía fielmente las normas de la economía liberal que hicieron su grandeza".

Difícilmente se pueden sintetizar en menos palabras, esos sanos principios que mantienen hoy plena actualidad y esperan quien los aplique, con mano firme y espíritu sereno, como lo hicieron los organizadores del país.

Lo preocupaba la escasez de población en la Argentina, el vacío de su vasto territorio y advierte nuestro insuficiente crecimiento demográfico en comparación con el que acusan nuestros vecinos.

Estima que el remedio podría estar en crear las condiciones económicas que hagan posible la inmigración, acerca de la cual, como Alberdi, valoraba la de los países europeos, del Norte y el Sur de Europa.

La demagogia desatada sobre la República lo inquietaba. Por eso propuso la reforma de la ley electoral en la que veía una de las causas de nuestra decadencia, quería calificar el voto prohibiendo, desde luego, que votasen los analfabetos y los menores de edad. Cita a Alberdi, de tan conocidos conceptos en la materia, cuando dijo que: "Alejar el sufragio de manos de la ignorancia y de la indigencia es asegurar la pureza y el acierto de su ejercicio".

Pero su mayor preocupación fue la de los asuntos rurales.

En el homenaje a José León Suárez, hizo un emotivo y romántico recuerdo del Buenos Aires de antes y de su compenetración campesina que llegaba a las puertas de la ciudad.

Antes de ello se había rebelado contra la ignorancia porteña de los problemas del campo que —expresa— "hizo dentro del régimen del liberalismo económico la grandeza de la patria".

Sus quejas alcanzaron al descuido en que se tiene a la Patagonia, sin puertos ni caminos que se habían extendido hacia el Norte y el Oeste, olvidando el Sur para aproximar Tierra del Fuego al resto del país, y señaló que la explotación privada del petróleo acrecentaría su riqueza.

Trató el problema de la reforma agraria en diversas oportunidades para demostrar la falacia de los conceptos que la inspiraban.

En el Instituto Popular de Conferencias, criticó las realizadas en Méjico, Bolivia, Perú y Chile durante los gobiernos de Frei y de Allende y sostuvo, como lo había hecho con anterioridad, que la verdadera reforma agraria consistía en la tecnificación de las explotaciones, en la construcción de caminos, en el mejoramiento de la habitación rural, en la aplicación de impuestos moderados.

Defendió el arrendamiento y la aparcería como medios para intensificar las explotaciones, señalando que eran escalones intermedios y necesarios para que el hombre de campo pudiera acceder a la propiedad rural.

Este tema de la reforma agraria es casi tan antiguo como el mundo. Los demagogos y quienes ignoran los métodos modernos de explotación agrícola y ganadera continúan periódicamente propiciando la división forzada de la tierra y agitando el fantasma del latifundio.

La división en parcelas reducidas conduce a la explotación granjera, orientada a la subsistencia del colono y su familia, pero no responde a las necesidades de la sociedad industrial moderna y a la creciente población del mundo.

La subdivisión en pequeñas propiedades revela una mentalidad medieval superada en nuestra época, que ostenta metas definidas orientadas a un aumento de la producción.

Así como no se concibe al artesano para fabricar herramientas o maquinarias, no se concibe la granja para satisfacer las necesidades crecientes de alimentos que la humanidad requiere.

Pretender suplantar la explotación realizada en superficies extensas y apropiadas a su destino, por pequeñas extensiones de asiento familiar, es como sustituir la gran industria, las plantas productoras de automotores o tractores, por operarios que los fabriquen por unidades en pequeños talleres.

Pueden invocarse razones de carácter social, vinculadas con ciertos beneficios del asentamiento campesino, pero el ritmo del progreso no se detiene.

El mismo fenómeno ocurrió cuando la revolución industrial desplazó a los artesanos, o cuando los ferrocarriles reemplazaron a las carretas y diligencias en el transporte por nuestras pampas.

La revolución agraria ha determinado métodos distintos de trabajo, con tecnología altamente sofisticada, que no pueden desarrollarse en la explotación familiar, por agradable y saludable que pueda ser.

Las grandes masas humanas exigen cantidades crecientes de alimentos, que la artesanía no les puede suministrar.

Las estadísticas demuestran que, bajo la influencia del I.N.T.A. y de los grupos C.R.E.A., la producción agrícola y ganadera en la Argentina se ha incrementado notablemente, y quienes han producido ese fenómeno y aprovechado sus beneficios, han sido los grupos de avanzada, con mayores capitales y mejor preparación.

Los productores menores recibirán también esas ventajas, pero si no las asimilan serán eliminados al no adap-

tarse a las nuevas circunstancias. Será lamentable, pero será así.

Tal como el gaucho fue sustituido por el "gringo", los técnicos desplazarán a los ganaderos y agricultores retardatarios y anquilosados, que son tales no por su culpa exclusiva, sino por la falta de instrucción, de caminos, de electricidad, de la obra promocional que debe realizar el Estado creando el ambiente para que se desarrolle la acción privada, en lugar de mantener industrias improductivas y legiones de burócratas.

Uno de los errores del comunismo ha sido cometido en materia agraria.

Producida en la Rusia de los zares la revolución de 1917, Lenin desplazó a Kerenski violentamente y con dos promesas. La primera firmar la paz con Alemania, lo que hizo de inmediato, y segundo, entregar a los campesinos las tierras de los nobles y de la Iglesia, pero no se las entregó en propiedad, pues sólo les permitió ocuparlas a título precario, como tenedores por cuenta del Estado.

Con posterioridad dentro de la ideología comunista organizó la explotación oficial de la tierra, manteniendo la propiedad en manos del gobierno. Los campesinos, meros agentes del poder central, recibían, y reciben, apenas lo suficiente para subsistir.

Falto de la acción privada, que todo lo vivifica, el campo se atrofió y languidece bajo los burócratas de Moscú. Es por eso que se producen los períodos de escasez que obligan al Soviet, a la compra apresurada de cereales en los países capitalistas, para mantener a sus masas paupérrimas y mal alimentadas.

Hay que precaverse de que la tan ponderada reforma agraria, no sea más que la antesala de la colectivización de la tierra como ocurrió en la patria de los zares.

Todos estos problemas los avizoró el Dr. Garbarini Islas y por eso clamaba que era necesario dejar trabajar al campo, señalando que el liberalismo económico había producido su grandeza. Reiteró la necesidad de fomentar la empresa privada y dar tranquilidad al productor campesino, sin amenazarlo con planes reformistas, pues —afirma— "todo lo que signifique desmedido intervencionismo es ir contra el progreso del país".

Guillermo Garbarini Islas tuvo una permanente preocupación por los grandes problemas de la República. Lo prueba la lectura de sus escritos y publicaciones.

Educador, economista, académico, fundador de una de las importantes universidades privadas de la República,

agricultor, ganadero, su vida y su obra son una demostración de lo que puede la acción privada. Nunca desempeñó cargos oficiales con excepción de la docencia, pero realizó una acción fecunda y eficaz sin falsos oropeles.

Era seguro en sus juicios; cuando escribía no necesitaba extenderse en largas argumentaciones. Conocía su materia, era asertivo, era categórico.

Lo recuerdo desde los años jóvenes, en las aulas universitarias y tal como lo vi entonces, firme y sereno, continuó sin estrépito y sin detenerse en su larga y fértil existencia.

Discurso del académico Dr. Jorge Mayer

Vengo a rendir este homenaje a la memoria del doctor Guillermo Garbarini Islas, en nombre de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales, de la cual fue miembro preclaro.

Larga y fecunda fue su vida, alumno del Colegio del Salvador, se recibió de abogado en 1921 con medalla de oro y su tesis sobre la "Participación en los beneficios" fue calificada de sobresaliente.

Con tan distinguidos auspicios se dedicó simultáneamente a los trabajos rurales en los campos de su familia y al estudio del derecho. Conoció así los problemas fundamentales del agro, base de nuestra economía, en su faz práctica y en su faz doctrinaria. En 1922 publicó un tratado sobre *Derecho Rural Argentino*, que sería el tema preferido de sus clases en las universidades de Buenos Aires y La Plata. En ese carácter actuó en la Sociedad Rural Argentina y en la Confederación de Sociedades Rurales de Buenos Aires y La Pampa, siempre con lucidez y autoridad.

Pero su gran vocación fueron las nobles disciplinas, el estudio al servicio del país, dio amplitud y prestigio al Museo Social Argentino y luego a la Universidad del Museo Social Argentino, establecida por su iniciativa en el año 1956, gracias a la libertad de enseñanza concedida entonces a los institutos privados.

Poco después fue uno de los fundadores de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

Esas instituciones son el valioso legado de ilustración y de tacto, que ha dejado a las nuevas generaciones.

Vivía esta casa, tenía el carácter del organizador, cuidaba el estado del edificio del Museo Social, la pulcritud de sus aulas, el buen orden de los servicios, la puntualidad de las clases, la selección de los profesores, la agregación de nuevas disciplinas, de acuerdo a las necesidades de las nuevas épocas.

Tenía sobre todo el espíritu del maestro, bondadoso, cordial y afable, siempre pronto para atender las solitu-

des y las sugerencias de los profesores y los alumnos, para resolver cualquier dificultad y mejorar las disciplinas.

Fue un sembrador de ideas buenas y fecundas, de paz y de progreso, de acuerdo a las grandes tradiciones de la República y sus aulas fueron el vivero de generaciones de estudiosos, que trabajaban para el adelanto y la libertad del país.

Así, bajo la dirección de su mano segura y eficaz, el Museo Social se ha desarrollado extraordinariamente y es un modelo para todas las instituciones de docencia.

Dedicado devotamente a la enseñanza, la historia de su vida es la historia de las instituciones que creó y los alumnos que ha formado conservan el recuerdo luminoso de sus lecciones en los más lejanos ámbitos.

En la Academia Nacional de Derecho, donde deja un vacío inolvidable, su consejo lúcido y prudente fue siempre apreciado.

Su espíritu vive, hoy todavía nos parece percibir el paso de su figura por los pasillos, acercarse a un aula, escuchar el eco de sus lecciones. Como en los viejos castillos ingleses hechizados por un fantasma sentimos su presencia, el afectuoso recuerdo de su voz y la sabiduría de sus consejos.

Mostró todo lo que puede construirse, en el estudio y en el silencio, hasta en años turbulentos y cómo la buena semilla perdura y florece a lo largo de los años. Mucho le debe la Patria.

Discurso del académico Dr. Mariano Castex

Andra moi énnepe, mousa, polutropos os malla pola... "De aquel varón sapiente háblame, oh Musa..." Permítaseme iniciar este homenaje con las palabras del insigne poeta, en aquel idioma en el que cristalizaron los más sagrados conceptos de nuestra cultura de hoy, de ayer y de mañana.

Sea el verso quien nos traiga al presente al educador constante, al intelectual veraz, al patriota ardiente, al amigo leal, al ciudadano probo.

No otra cosa representa para nosotros este varón a quien hoy honra, junto a sus pares, la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires al cumplirse el primer aniversario de la navegación postrera hacia el puerto de la luz y de la verdad.

La figura inquieta y sabia de Guillermo Garbarini Islas se yergue así en el presente con luengo índice de obras en aquellos campos preciados y feraces como lo son las artes y las ciencias.

Miembro de tres academias nacionales, profesor eximio en la enseñanza superior, inspirador y alma-mater durante lustros de un claustro que se ha caracterizado por su liberalismo y conciencia democrática en el estricto y ubérrimo sentido de la palabra, nace en el ocaso de aquella Argentina grande, despectivamente denominada por dictadores como "oligárquica", de cuyos frutos aún viven gratuitamente generaciones tiranizadas, lustro tras lustro, por mediocres, y en donde pareciera echarse al viento el legado ciudadano plétórico, preciso, claro y valiente de hombres como Mitre, Alsina, Roca y Paz.

Tocóle a Garbarini Islas, constituirse con su generación, y aquellas que formó, en faro de ciegos, intentando tras éxitos y fracasos, guiar a la ciudadanía por entre las violentas turbonadas de sucesivos despotismos, ya de autócratas, ya de tiranías de los mal denominados "pueblos".

Populum autem non omnem coetum multitudinis, sed coetum juris consensu et utilitatis communione sociatum esse... (Ciudad de Dios, II, 21). "Pueblo no es una simple reunión de hombres, sino una sociedad formada en la garantía del derecho y teniendo por finalidad la utilidad común". Así cita el doctor de Hipona al tratado *De Re Publica*, recordando los pensamientos del inmortal Cicerón. Un Estado es sólo un Estado y auténtica República cuando es gobernado con equidad y sabiduría, ya por un rey, ya por ciudadanos respetables, ya por el cuerpo entero de la Nación. Tan déspota es el conductor injusto, como el pueblo mismo, cuando se aparta de la vía del equilibrio y la moral. Deja entonces de denominarse pueblo para convertirse en fuente misma de abuso e ilegalidad. Aquí yace tal vez el error más grande de nuestra civilización contemporánea: la poca claridad en torno a la equidad del concepto "democracia".

Pocos fueron en estas tierras, quienes así lo entendieron. Garbarini Islas fue uno de ellos. Con tacto, con serenidad, con alegría, con firmeza, con entusiasmo siempre creciente, Garbarini aglutinó en su entorno hombres con hondo sentido argentino y ciudadano. Con ellos predicó, enseñó y luchó hasta el último instante de su vida, sin claudicaciones, sin temores, amando y buscando a la verdad.

Imbuído del "Veritas liberabit vos" (La verdad os hará libres) y del "Excelsior" de Longfellow como divisas y emblema. Expresiones ambas que sus amigos y seguidores continúan enarbolando sin miedo y sin pausa, con particular énfasis y sin ataduras cuando se encuentran en juego o riesgo los altos intereses de la Patria.

Los argentinos nos quejamos de vivir atados. Sin embargo nadie nos impone las ligaduras que oprimen sino nuestro propio afán de regirnos por masas y urdimbres de fracasados y de mediocres.

Desde hace más de un siglo, sabios preceptos trazan la vía de la Nación. Hombres excepcionales entre quienes aquél a quien hoy recordamos, lucharon por imponer, respetar, y vivir ese modesto articulado denominado Constitución Nacional, que muchos pugnan por reformar; como si el cambio mutara el espíritu de los hombres, como si los textos nuevos, por arte de birlibirloque, transformarían a los pueblos, cuando son éstos quienes deben modificar al medio, intentando vivir y utilizar los valiosos legados del pasado.

Garbarini intentó esto último. Más aún, cuando en las décadas futuras, generaciones maduras valúen en la balanza de la historia los errores y aciertos del siglo presente, integrará su figura el modesto conjunto de aquellos que no claudicaron, firmes en la brecha, tras colores que muchos agitan, pero muy pocos defienden en la hora crucial.

Hoy, más que nunca en la historia de nuestra tierra, hace falta su optimismo, su visión, su empuje. Su falta de miedo en exponer y defender. Los argentinos tenemos miedo. Miedo a expresarnos, a disentir con caballerosidad, a opinar con valentía y lucidez. Miedo a ser y vivir como demócratas. ¿Cuántos hay, patriotas callados que no compartieron ni comparten nuestra política de fronteras? ¿Que no están de acuerdo con la modalidad del acuerdo de Montevideo? Que sufren ante una Argentina que cierra sus ojos y con inmadurez recurre al frenesí irracional del circo para eludir las gravísimas problemáticas ciudadanas que nos aquejan, confiando en que otros hagan lo que ella debe y no quiere hacer.

En aquella década de ludibrio y de oprobio para las democracias europeas, cuando Munich, una sola voz valiente elevóse en el Reino Unido del Norte para disentir y para prevenir. Intentóse acallarla con burlas, silencios y desprecios. Fue tildada de imprudente e inoportuna por quienes luego vieron morir a sus hijos y nietos en una hoguera que crearon en aras de una falsa paz. Ese hombre se llamó Winston Churchill. Ese hombre afirmaba que "el disentir a tiempo aún estando solo daba derecho a pararse luego en la crisis para señalar el camino".

Garbarini Islas fue de los que sabían disentir. Por ello fue y sigue siendo referencia en las tinieblas. En sus claustros amados se escucha y se palpa el ardor de la civilidad. Por ello hoy, no estamos únicamente con su recuerdo, se encuentra presente, en este medio, en su "hora más gloriosa", con su aliento, su palabra guía iluminando el sendero junto a sus pares.

La Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires de la que fue ilustre miembro se yergue ahora en pleno, y cumpliendo la afirmación de Tácito *Suum cuique decus posteritas rependit* (*L'étá che succede rende a ciascuno il suo onore*), rinde su mejor homenaje en la voz del poeta inmortal: *His life was gentle; and the elements so mix'd in him, that Nature might stand up, and say to all the world: This was a man.* (Su vida fue pura, y los elemen-

tos que la constituían se compaginaron de tal modo, que la Naturaleza irguiéndose podía decir al mundo entero: Este era un hombre).

Honrémosle hoy por ende, conforme a sus virtudes, y parafraseando a Alejandro Magno en la pluma de Racine digamos: *Pleurons un ami si fidèle; faisons en soupirant éclater notre zèle, et qu'un tombeau superbe instruisse l'avenir et de votre douceur et de mon souvenir.*

Lloremos al amigo fiel, hagamos estallar nuestro celo en labor y suspiros y que la continuación de su obra instruya al futuro, cual soberbio monumento, ya de su valía ya de nuestro común recuerdo y agradecimiento.